

# LA INDIA

mado; la India muere de hambre, pero dignamente.

## La coalición de los comerciantes

Sin embargo, esta dignidad apenas impresiona al gobierno americano. La India necesita, por lo menos, doce millones de toneladas de cereales. Las necesita y no para asegurar el mínimo vital a sus 485 millones de habitantes, sino para poder mantener muy por debajo del mínimo vital la dieta alimenticia habitual e impedir que este año aumente en algunos millones el número de los indios que mueren de hambre. Ahora bien, doce millones de toneladas de cereales es una cantidad que no se puede encontrar ni en París ni en Londres. No se puede encontrar más que en Washington, y bajo condiciones.

Washington, en efecto, tiene ideas propias sobre los motivos del hambre. La sequía del último año tuvo, con seguridad, mucha culpa; hizo caer la producción cerealista india a 74 millones de toneladas. Pero en 1964-1965 hubo una cosecha sin precedentes: 88 millones de toneladas. Eso no impidió el hambre en algunas zonas y los americanos aportaron 0,35 millones de toneladas suplementarias para socorro. Y en 1964, después de una mediana cosecha de 80 millones de toneladas, hubo también hambre y fue la peor desde hacía diez años.

En resumen, hay hambre sean las cosechas buenas, medianas o malas. Sólo varía su magnitud, y la magnitud del auxilio ame-

## NO SOLO MUERE DE HAMBRE

En la India hay hambre siempre, ya sean las cosechas buenas, medianas o malas. Sólo varía su magnitud. Su explicación no es difícil: el comercio de granos está dominado por los comerciantes importantes de Calcuta y de Bombay, y estos mercaderes se encuentran unidos en todos sus negocios y especulaciones.

**Un gran país, de vastos recursos, vive sometido a la plaga permanente del hambre ya sean las cosechas buenas, malas o medianas.**

La India no aceptará «ninguna ayuda que pueda atentar a nuestro honor y a nuestra propia estimación». Fue Indira Gandhi, primer ministro de la Unión India, quien lo dijo antes de salir hacia Washington. Para señalar que la India no se arrodillaba, que la India no iba a Washington a mendigar, la señora Gandhi escogió en su ruta una etapa que geográficamente no se imponía: París.

En París se reunió —en visita privada— con el hombre que más detesta el Departamento de Estado americano: De Gaulle. El honor, la propia estimación se habían afir-





ricano. Pueden sorprender las dificultades de los años buenos, como 1964-1965. Su explicación no es difícil: el comercio de los granos está dominado por los comerciantes importantes de Calcuta y Bombay y estos mercaderes se encuentran unidos. El año último dieron a los campesinos la consigna de guardar su grano. Gracias a ello, al cabo de algunas semanas, los precios se habían duplicado. Y como en las ciudades hasta las familias relativamente privilegiadas —aquellas que tienen entre sus miembros un ferroviario, obrero especializado o un pequeño funcionario con un sueldo mensual aproximado de mil doscientas pesetas— llegan a fin de semana sin tener qué comer, la inflación del precio del trigo significa para la mayoría de los habitantes la muerte próxima.

### las condiciones americanas

¿Qué hacer? El gobierno decretó el racionamiento en las grandes ciudades. Pero, salvo en Calcuta, fue incapaz de aplicarlo, porque los estados más productores se negaron a dar el grano al precio impuesto. Y como los altos dirigentes de estos estados, los grandes terratenientes, los comerciantes importantes y los responsables del partido del Congreso no son a menudo más que una

misma persona, el gobierno central no tuvo más que un recurso: duplicar, después de una cosecha record, las importaciones de los Estados Unidos para tratar de eliminar la especulación sobre los precios.

Los americanos no creen, pues, en la sequía como única explicación del hambre. Ni tampoco en la especulación. Nehru declaró en 1949, que la India podría alimentarse por sí misma en el plazo de dos años: es decir, para 1951. Desde 1951 la India ha recibido seiscientos mil millones de pesetas como ayuda, la mayoría de esta cantidad en cereales. El tercer plan quinquenal, terminado hace dos meses, tenía previsto duplicar la producción agrícola. Y la producción agrícola sólo aumentó en un catorce por ciento. La India ha solicitado cuatrocientos cincuenta mil millones de pesetas como ayuda para los próximos cinco años; o sea, dos veces más que en los años últimos.

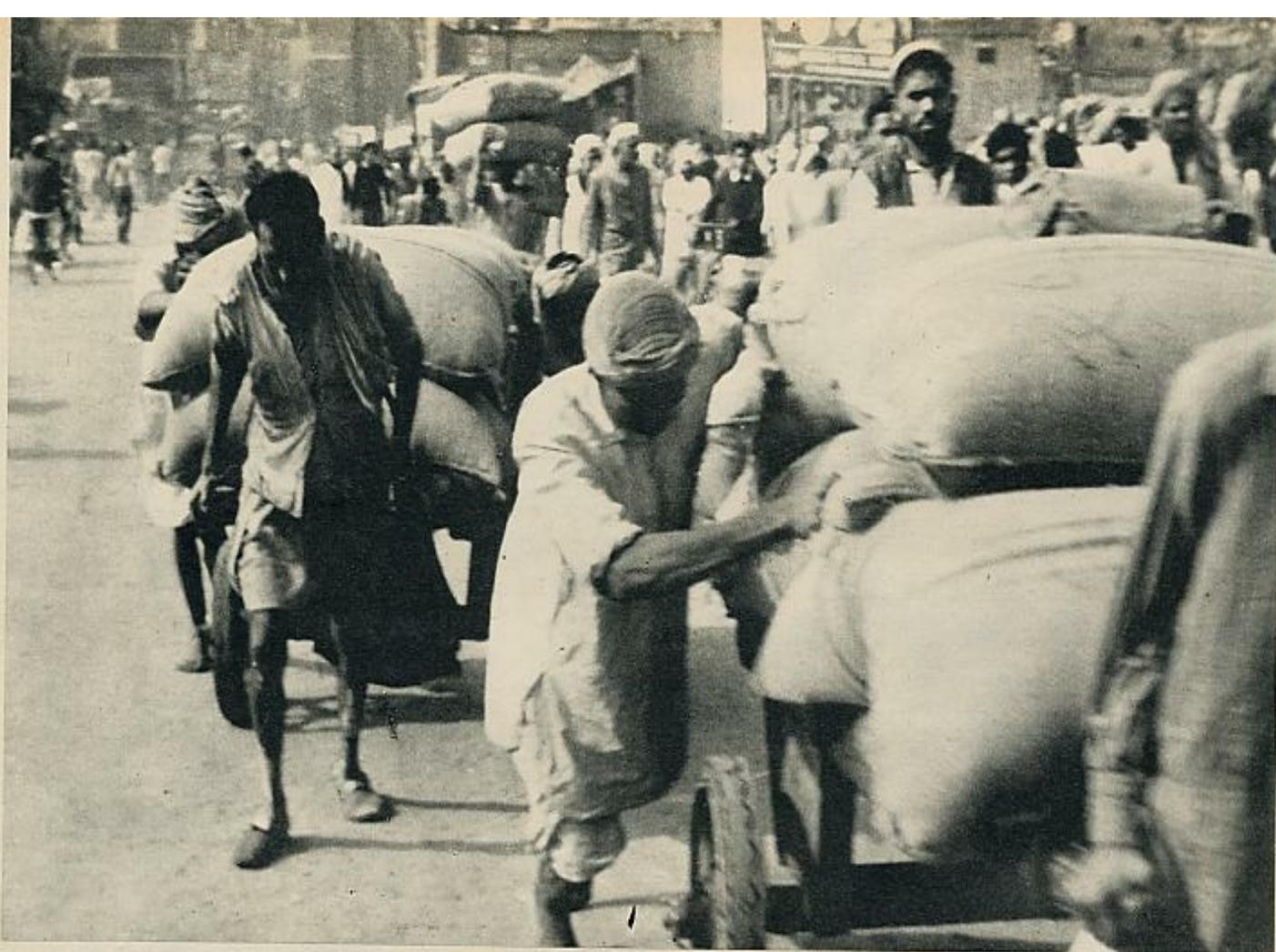
Los americanos han advertido discretamente que al ritmo que van las cosas, hasta los mismos Estados Unidos serán incapaces de aportar los cereales precisos para salvar a la India de la catástrofe. Como condiciones para su ayuda exigen principalmente: liberalización de la economía india; mayor apertura aún, a los capitales extranjeros que controlan hoy, directa o indirectamente, las principales industrias de transformación; permitir a las firmas norteamericanas la crea-

ción en la India de fábricas de abonos, fijando ellas el precio de venta y teniendo sus propias redes de distribución; por último, imposición de un control de natalidad muy estricto.

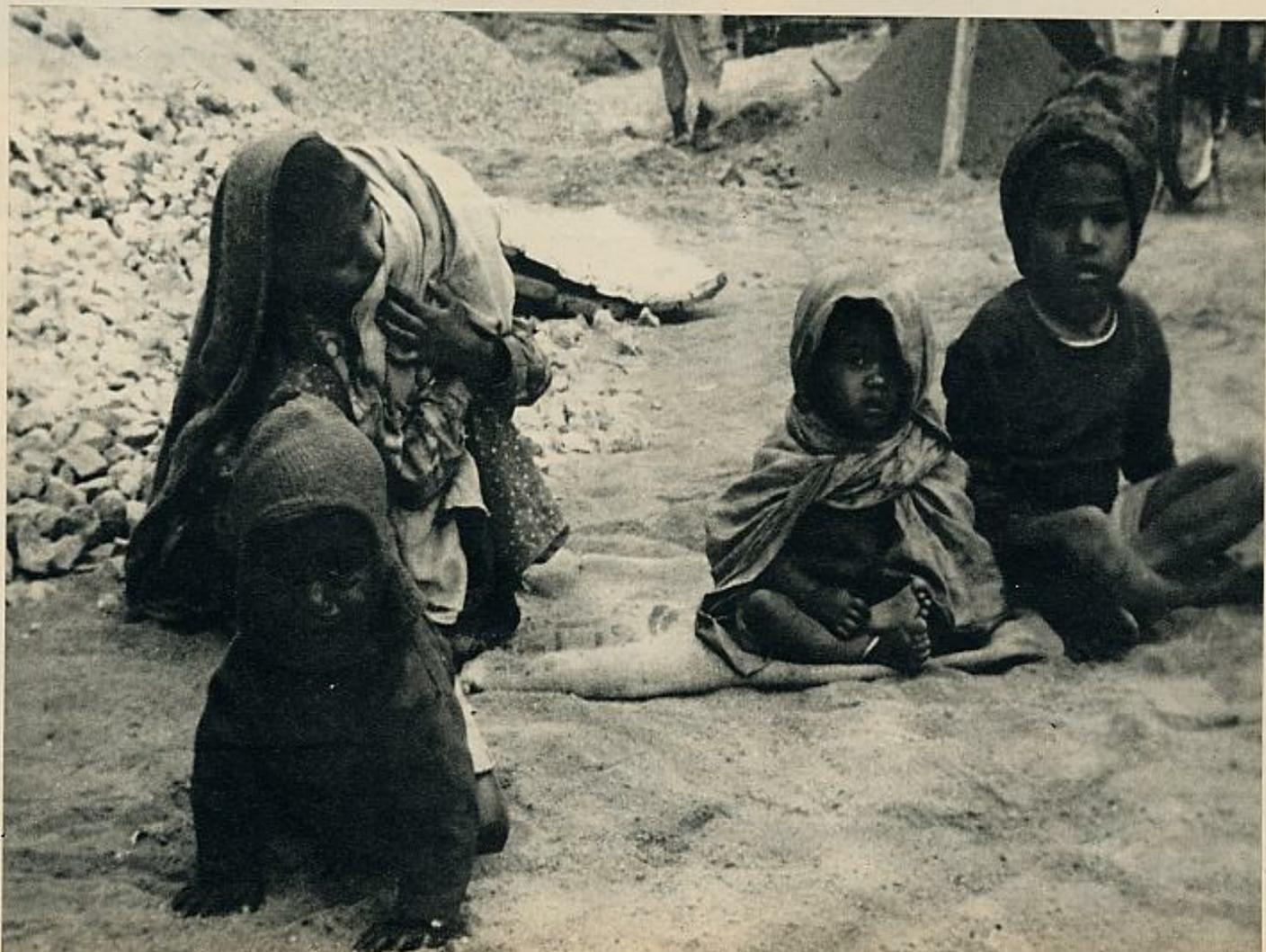
Vistas desde Washington, estas demandas parecen lógicas. Vistas desde Nueva Delhi, parecen ilusas; pues suponen el problema resuelto. Porque en la India el problema no está tanto en fabricar abonos, sino encontrar agricultores que puedan comprarlos y emplearlos con cierta técnica. Si la India muere de hambre la causa no está sólo en la naturaleza del suelo y del clima. Uno y otro no son peores que en China, que saca actualmente de cada hectárea cultivada el doble de alimentos que la India. La culpa —hasta un experto americano como Wolf Ladejinsky insiste en ello— está, fundamentalmente, en el modo de capitalizar la tierra, en el régimen de bienes raíces.

### pantanos inútiles

Las tres cuartas partes de la población india viven en seiscientos mil aldeas. Estas aldeas las dominan dos tipos de personajes: los terratenientes y los usureros. En el vértice de la pirámide, el uno por ciento de los propietarios posee el veinte por ciento de la tierra; en la base el setenta y tres por ciento de los propietarios tienen sólo **SIGUE**



Arriba, obreros trasportando un cargamento de arroz en una de las zonas afectadas por el hambre. Abajo, un grupo de niños abandonados por sus padres. Falta arroz y trigo, pero abundan los terratenientes y los usureros, de los que dependen la mayor parte de la población de la India, siempre sometida a ellos.



el dieciséis por ciento de la tierra. Pero los propietarios, grandes y pequeños, están en minoría. La población agrícola comprende, sobre todo, aparceros (45 por ciento del total) con una renta anual equivalente a unas mil seiscientas pesetas, y jornaleros (38 por ciento del total) con una renta de mil trescientas y pico de pesetas.

La gran propiedad territorial fue abolida, sobre el papel, hace casi quince años. Nadie tiene derecho a poseer más de veinte hectáreas. Pero los terratenientes, expropiados y debidamente indemnizados, continúan. Entregaron veinte hectáreas a cada miembro de su numerosa familia. Después sustituyeron los contratos de arrendamiento por acuerdos verbales con los aparceros, o de una forma más simple, los transformaron en jornaleros.

El resultado es que en muchos casos la condición de los antiguos aparceros ha empeorado en lugar de mejorar. Ni siquiera están protegidos por un contrato. Si anteriormente apenas tenían interés en revalorizar una tierra de la que podían ser echados, ahora no tienen ninguno porque la ocupan de forma precaria. Así se explica el fracaso de las cooperativas de crédito agrícola que debían proteger al pequeño propietario contra la usura (con intereses del diez por ciento mensual y a veces más) y permitirles comprar semillas y abonos. Las cooperativas no tienen más que veintidós millones de miembros, principalmente campesinos de tipo medio. Los terratenientes no necesitan abonos ni semillas seleccionadas: sus aparceros y jornaleros les dan tanto beneficio como eso.

Así se explican también los rendimientos catastróficamente bajos: menos de trece quintales por hectárea para el arroz (frente a treinta en Formosa o en China), menos de ocho quintales para el trigo. La producción cerealista se estancó en 1960, después que aumentó el sesenta por ciento en los diez años anteriores, gracias, fundamentalmente, a la puesta en regadío de cincuenta millones de hectáreas. Y pudieron ser muchas más: hace algunos años, René Dumont señalaba que el agua de varias presas se perdía en el mar porque la red de canales distribuidores estaba por hacer. Este trabajo había sido asignado a la comunidad aldeana, que tendría que hacerlo gratuitamente; pero sólo los caciques pusieron sus fincas en regadío empleando a los campesinos para la tarea. Los técnicos jóvenes enviados como asesores a las comunidades agrícolas —cuenta René Dumont— exhibían ante los pobres campesinos toda su pretendida superioridad y luego rehusaban bajar a los arrozales para no mancharse sus hermosos zapatos.

Subalimentado, trabajando su campo con un arado de madera tirado por una vaca también subalimentada; explotado por el usurero y el cacique; despreciado y abandonado por el funcionario, así es el típico campesino indio. ¿Por qué lo aguanta, por qué no se rebela? De hecho, no lo acepta siempre. Ha habido revueltas locales y no sólo la del Estado de Hyderabad en 1946-1947, durante la cual dos mil aldeas, con cuatro millones de habitantes, expulsaron a los terratenientes, crearon granjas colectivas en las grandes explotaciones, declararon sin validez las antiguas deudas, y derrotaron a las tropas del maharajá o nizam de Hyderabad antes de ser aplastados por el ejército gubernamental en 1948.

## el estado de urgencia

Hubo otros levantamientos y los hay aún, aunque el estado de urgencia proclamado en octubre de 1962 continúe vigente, y los derechos y libertades fundamentales suspendidos y cincuenta mil personas hayan sido detenidas en tres años, entre ellas la mayoría de los diputados del Estado de Kerala, donde los comunistas se obstinaron en presentarse y ganar las elecciones el año 1951, aunque ya en 1959, por la intervención personal de la señora Gandhi (que no era entonces más que jefe de gabinete de Nehru), los diputados y ministros comunistas del Estado fueron detenidos y sustituidos por un gobierno nombrado por decreto.

Todos estos hechos los ha contado ahora con detalles la prensa americana y también otros referidos a las grandes ciudades. Por ejemplo, que en Bombay —donde los multimillonarios viven en un barrio suntuoso sobre las colinas de Malabar—, los malolientes barrios bajos, que sacan el agua del mismo arroyo donde van sus propios detritus, tienen una verdadera ciudad de cuarenta mil prostitutas metidas en jaulas para que los barrotes las protejan contra los asaltos de los hombres. Bombay cuenta con trescientas mil personas sin vivienda, que duermen sobre las aceras. Calcuta, con un millón; un millón sobre un total de seis millones y medio de habitantes; y este total no tiene más que el cuarenta por ciento de mujeres, de las que un diez por ciento de falta de mejor porvenir, se prostituyen para sobrevivir.

En Calcuta no es anormal morir de hambre en plena calle, pues el hospital de la «Madre Teresa» no tiene más que cien camas. Es sólo para acoger a aquellos que desean morir en paz. Si al cabo de un mes no han muerto, deben dejar su sitio a otros moribundos y volver a las aceras.

## la gran baza

¿Quién tiene la culpa de todo eso? Hace diez años, cuando China iniciaba su política de los «grandes saltos hacia adelante», la India llevaba sobre ella una buena ventaja. Por la voz amplia de Nehru oponía su «socialismo» liberal, humanista y neutral entre los bloques, al sistema radical de los chinos.

Por aquella época los americanos liberales, como Walter Lippmann, veían en la India «la gran baza del mundo libre». Lippmann pedía que Washington sostuviese a ultranza el régimen de Nehru. Pero sólo le escuchó Kruschchev, que llevó, en 1955, con una visita oficial, su confianza y su apoyo económico, al «socialismo» y al neutralismo indio.

La apuesta de Nehru se ha perdido.

¿Por qué? Porque no pudo realizar el socialismo con un partido como el del Congreso, formado por burgueses y terratenientes, con una burocracia apartada de las masas campesinas, con una reforma agraria completamente teórica, con una planificación a la que cuesta mucho trabajo bajar desde las oficinas de Nueva Delhi a las industrias desde las que regulan el mercado las firmas americanas e inglesas sacando cada año miles de millones de dividendos pagables en divisas.

Los americanos lo explican de manera

## LA INDIA



En Bombay trescientas mil personas carecen de vivienda y duermen sobre las aceras. En Calcuta, los «sin techo» suman un millón. Allí es normal morir en la calle, sin que nadie preste ayuda.

distinta: según ellos, hay todavía demasiado socialismo en la India. Frente a este socialismo, que marcha mal porque no tiene fundamento en las masas, los americanos preconizan un sistema de libre empresa. Y ha sido a este sistema —es decir, a los capitales privados americanos— a los que en Washington lanzó su llamada la señora Gandhi.

Se trata, entonces, de un giro en la política india. De que la segunda nación del mundo, por su número de habitantes, vuelva sobre sus pasos. Los americanos, por su parte, no piden tanto y, a veces, juzgan preferible que la India siga humillada, famélica y sumisa, incapaz de ir contra el juego de los Estados Unidos en Asia, incapaz, también, de una transformación interior que permita poner en marcha a sus grandes masas humanas.

MICHEL BOSQUET

(Fotos: KEYSTONE Y SODEP-PRESSE)